Pablo Brum

Patria para nadie

La historia no contada de los Tupamaros de Uruguay

PENÍNSULA ATALAYA

Pablo Brum

Patria para nadie

La historia no contada de los Tupamaros de Uruguay

ediciones península

© Pablo Brum, 2014, 2016

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones
establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2016

La primera versión en español de este libro se publicó
en Planeta Uruguay en 2004.

La presente edición ha sido revisada y actualizada por el autor.

© de los mapas, María Inés Chiacchio

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Península,
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Papyro - fotocomposición
CPI Barcelona - impresión
Depósito legal: B-6.414-2016
ISBN: 978-84-9942-513-9

ÍNDICE

Prólogo a la edición española 11

Prefacio 21

Introducción 23

1. Un pequeño país modelo 27
2. La era de la revolución 35
3. Ármate y espera 45
4. El MLN-Tupamaros 61
5. Confrontaciones 83
6. Los guerrilleros Robin Hood 101
7. Por aquí pasó el pueblo 135
8. Máxima tensión 161
9. Una serie de hechos terribles 201
10. Reinicios 233
11. Surgen los centuriones 265
12. Golpes finales 283

13. El giro napoleónico 333
14. Los últimos días 355

Epílogo 381

Agradecimientos 423

Notas 425

1

UN PEQUEÑO PAÍS MODELO

Lejos de las tibias aguas del Caribe, las interminables selvas de la Amazonia y los picos helados de los Andes hay una región de América del Sur que no tiene nombre propio. Dada su forma en un mapa típico del continente, lo más común es que se la llame Cono Sur.

Durante el siglo XX la región sufrió muchas veces, aunque indudablemente le fue mejor que a algunos de los lugares más azotados del planeta. No hubo guerra en las trincheras, ni genocidio a escala industrial, ni explosiones nucleares, ni Pearl Harbors, ni crisis de los misiles, ni hambrunas, ni tampoco violencia religiosa o étnica. De hecho, a menudo se señala que los países de la zona se beneficiaron de su propia neutralidad durante ambas guerras mundiales y parte de la Guerra Fría. Los ingresos de las exportaciones agropecuarias que alimentaron esas guerras, así como muchos inmigrantes, llegaron durante varias décadas.

El integrante más pequeño de la región, que también incluye al sur de Brasil, a Chile y a Argentina, es Uruguay. Este último se destaca por su moderación en todos los aspectos de su existencia. El clima es templado; nunca nieva y rara vez se torna insoportable el calor del verano. El paisaje es gentil: no

hay cadenas montañosas, ni caudalosos ríos, ni grandes selvas o bosques. Tampoco hay desiertos o fallas tectónicas que provoquen terremotos. Es así que a Uruguay con frecuencia se lo compara con un enorme campo de pastoreo.

Como país de aproximadamente tres millones de habitantes, Uruguay es uno de los Estados más pequeños de las Américas, tanto en tamaño como en población. Tiene además una de las capitales menos pobladas, Montevideo. A pesar de su tamaño —o quizá a causa de ello—, a Uruguay en general le fue bien en términos políticos y económicos durante la mayor parte de su historia. Como sociedad compuesta predominantemente de inmigrantes europeos —particularmente de España, Italia y Portugal— con sólidos niveles de integración social y una tradición de liberalismo y democracia republicanos, Uruguay nunca enfrentó muchos de los problemas sistémicos que tuvieron —y tienen hasta hoy— otros países de las Américas.

El siglo XIX fue una época generosa. Varios gobiernos liberales contribuyeron al establecimiento de un fuerte sistema educativo estatal, de un Gobierno democrático y limitado, de una separación estricta de los poderes, de una tradición de libre expresión y de otras estructuras republicanas. Montevideo era, al final del siglo, la tercera ciudad más importante de América del Sur, después de Buenos Aires y Río de Janeiro. La calidad de vida estaba por encima de la de la Europa mediterránea, y aproximadamente al mismo nivel que la que se tenía en Francia, una potencia imperial mundial.[1]

Con el paso de un siglo a otro, Uruguay adoptó ideas progresistas tales como servicios básicos estatizados, subsidios sociales, una laicidad férrea, grandes gastos estatales en obras y empleo público, y otras iniciativas. De hecho, el gran modernizador del país, el presidente de principios del siglo XX José Batlle y Ordóñez, se propuso expresamente construir «un

pequeño país modelo».[2] Para cuando llegaron los años cincuenta, Uruguay era una de las democracias más socialistas del mundo. Aproximadamente la mitad de la población —posiblemente más— o trabajaba directamente para el Estado o recibía algún tipo de ingreso proveniente del mismo.

Un Estado de bienestar social

El aspecto más importante de la historia uruguaya después de la Segunda Guerra Mundial es el deterioro económico que el país soportó durante el resto del siglo.

Las invaluables estadísticas reunidas por el historiador económico británico Angus Maddison demuestran esto claramente. Durante las primeras décadas del siglo XX, Uruguay fue una economía de primerísimo nivel mundial. Vivir ahí era preferible —por un amplio margen— a vivir en casi cualquier otro país del planeta. Sin embargo, después de 1945, cuando comenzó la recuperación de posguerra en Europa, Uruguay se desvió permanentemente de su camino previo.

En aquel entonces, la economía funcionaba de la siguiente manera: el campo, fértil y productivo, producía carne, granos y otros productos que se exportaban para el consumo de hambrientos mercados en guerra y en posguerra. El Estado gravaba estas exportaciones con impuestos, y con estos financiaba servicios estatales, programas de bienestar social, viviendas gratuitas, grandes expansiones en las cantidades de empleados estatales, industrias y demás. Varios de estos eran grandes conglomerados, frecuentemente monopólicos, en áreas como el transporte, las telecomunicaciones, la pesca, la energía y otros sectores.

Los políticos

Desde su fundación, Uruguay había tenido dos grandes partidos políticos. Cada uno reunía aproximadamente la mitad del electorado: uno era el Partido Colorado y el otro era el Partido Nacional. Siguen siendo hasta el día de hoy algunos de los partidos en funcionamiento continuo más viejos del mundo. Los colorados se volvieron casi invencibles gracias a los logros de José Batlle y Ordóñez, el político más relevante de la historia uruguaya. Fue bajo su primer período de Gobierno, que comenzó en 1903, que se alcanzaron importantes reformas económicas y sociales que fueron desde la separación de la religión y el Estado hasta las regulaciones laborales. Consecuentemente, la facción más grande de los colorados, la progresista, pasó a conocerse como batllismo y sus integrantes como batllistas.

Los nacionalistas de la oposición no tenían poder, pero siempre mantuvieron una fuerte representación en el Parlamento e incluso en el Poder Ejecutivo, ya que el batllismo modificó este último de forma bastante sensata. En vez de tener un presidente unitario a cargo de toda esa rama del Estado, Uruguay tenía una institución colegiada de nueve integrantes.

Uruguay era, por lo tanto, una democracia igualitaria con una economía socializada, y estaba libre del sufrimiento y la miseria que prevalecían en buena parte del mundo. Desde una perspectiva marxista, era una situación notoriamente antirrevolucionaria. En palabras del historiador Hebert Gatto: «Lo que [...] sorprende no es que en el Uruguay faltaran algunas de las condiciones para la revolución [...] es que faltaran todas».[3] Gatto observó solamente una excepción solitaria: el clima intelectual. En los años sesenta, este factor por sí solo estallaría con energía explosiva.

Bolches y *yankees*

Uruguay comenzó a ver actividad vinculada a la Guerra Fría durante los años cincuenta. El Partido Comunista de Uruguay (PCU) había sido insignificante políticamente desde su fundación en los años veinte. Como todos los partidos comunistas propiamente dichos del mundo, el uruguayo estaba subordinado estrictamente a los dictados del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Los comunistas tenían un gran problema para sumar votos: su ideología contaba con poco margen para respirar en Uruguay. Esto no era porque la gente fuera consciente del horror totalitario que había detrás del Telón de Acero. Esas revelaciones, a pesar de los grandes esfuerzos de mentes como la de George Orwell, todavía estaban por venir. Más bien se trataba de que la agenda «popular» de «justicia social» en la cual los comunistas se descansaban ya estaba en manos de los socialdemócratas de Uruguay. En un país con un activismo estatal tan formidable, el alineamiento de los comunistas con la Unión Soviética y con la violencia callejera así como su falta de innovación política hacían que no tuvieran mayor peso en la política nacional.

Algunos dirigentes del partido, como el secretario general Tibaldo Rodney Arismendi, querían cambiar la situación. Su primera propuesta para la nueva era consistía en tejer una coalición de todos los partidos marxistas e incluso algunos no marxistas. La coalición se presentaría con un nombre propio en las elecciones, como una opción política única. Al combinar todos sus votos, los partidos que la integraran tendrían mejores posibilidades de derrotar a los partidos tradicionales, los dominantes colorados y nacionalistas.

Mientras se iniciaba el trabajo en el frente de alianzas políticas, Arismendi dio otros pasos para aumentar la influencia de su partido. Primero, en 1957 refundó el diario del PCU. *El*

Popular estaba diseñado para el consumo masivo y para competir con los diarios más conocidos. A esto le siguió la creación de la organización juvenil comunista, la Unión de Juventudes Comunistas. La UJC se había concebido para atraer a uruguayos jóvenes, prometedores y con conciencia social que más adelante podrían volverse cuadros del partido. Se enfocaba en particular en estudiantes universitarios. En un país con una única universidad, que era gratuita y propiedad del Estado, la tarea era logísticamente sencilla. De todos modos, el campo ya era fértil, puesto que el cambio social es un concepto invariablemente popular en los entornos académicos.

Debido a que era la única proveedora de educación terciaria, y que además tenía un gran prestigio internacional considerando el tamaño de Uruguay, la Universidad de la República era una de las instituciones más importantes del país. Todos sus abogados, médicos, arquitectos, ingenieros o economistas habían estudiado allí, excepto por los pocos que pudieran haberlo hecho en el extranjero. Generación tras generación de políticos uruguayos, tanto de los partidos tradicionales como de los marxistas, había pasado por allí, lo cual significaba que a menudo se conocían personalmente desde temprana edad. La matrícula estaba creciendo: entre 1955 y 1966 aumentó el 54 %.[4]

Un gran triunfo comunista llegó temprano, en 1958, a apenas tres años del comienzo de Arismendi como jefe. El partido y sus afiliados fueron los principales impulsores de una campaña exitosa, que implicó varias protestas callejeras, para cambiar el estatuto legal de la universidad. Se implementaría un nuevo sistema llamado «cogobierno», en el cual la institución sería gobernada por consejos compuestos de profesores, estudiantes y graduados. Serían ellos quienes decidirían cómo se gastaría el dinero, qué clases se dictarían, qué profesores se contrataría y demás.

Aunque la nueva ley se votó supuestamente para garantizar que la universidad fuera independiente de influencias políticas, en la práctica ocurrió lo opuesto. Significó el final de la independencia de la universidad. La razón fue que los comunistas, gracias a su presencia desproporcionada entre profesores y estudiantes, rápidamente dominaron los consejos de Gobierno, todo sin necesitar el poder político real de las ramas ejecutiva y legislativa del Estado.

Los años cincuenta terminaron con crecientes éxitos comunistas, gracias a movilizaciones callejeras, una economía que se deterioraba y un cambio de Gobierno, que pasó de los colorados a los nacionalistas. Ocurrió entonces un acontecimiento que sacudió todo: la Revolución cubana de 1959 y su modelo de revolución violenta para el continente americano.